

8+



Laura tiene mucho miedo a los perros. A todos los perros que existen. Por eso cuando su madre le dijo que tenían nuevos vecinos y que éstos tenían un perro, Laura se asustó de veras. ¡Un perro en el edificio! Desde aquel momento, ya no podría entrar ni salir de su casa sin sentir en su interior el miedo de encontrarse con aquel intruso que acababa de invadir su territorio.



edebé

www.edebe.com



Querido enemigo

AGUSTÍN FERNÁNDEZ PAZ

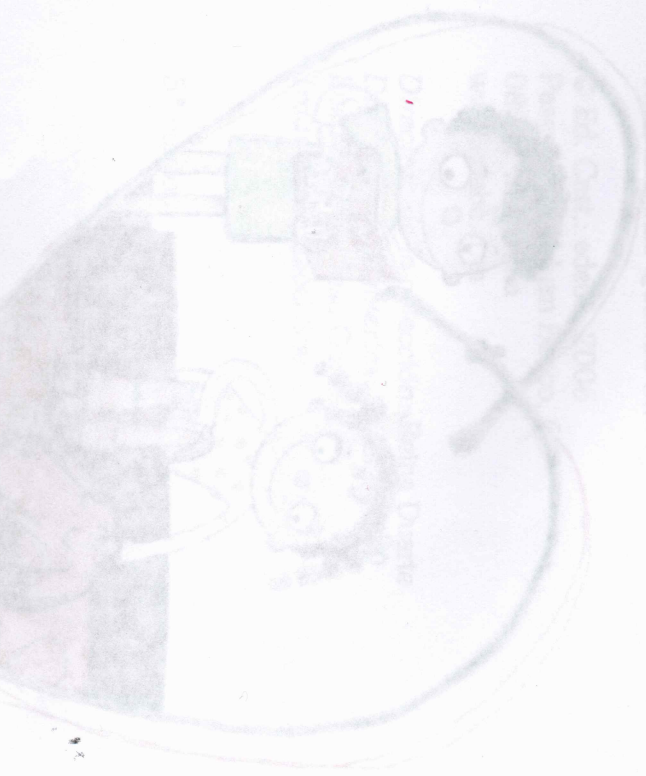


edebé

5.ª EDICIÓN

ISBN 978-94-236-
Deposito Legal: B-2
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

ISBN 978-94-236-
Deposito Legal: B-2
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

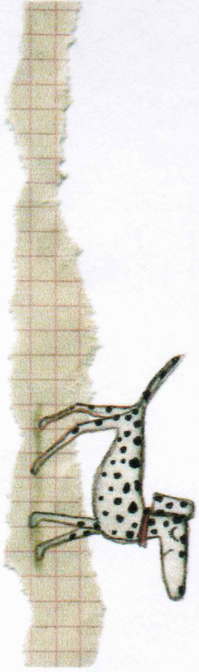


Laura y los perros

Laura tiene mucho miedo a los perros. A todos los perros que existen, sin distinción de razas o tamaños.

Los que más la asustan son éstos tan enormes con los que a veces se cruza por la acera. Aunque sólo la miran con curiosidad, la niña piensa que la observan con ojos amenazantes, como si en cualquier momento fueran a liberarse de la correa que los sujeta y lanzarse sobre ella.

También huye de los que son pequeños y parecen juguetes tiernos e inofen-

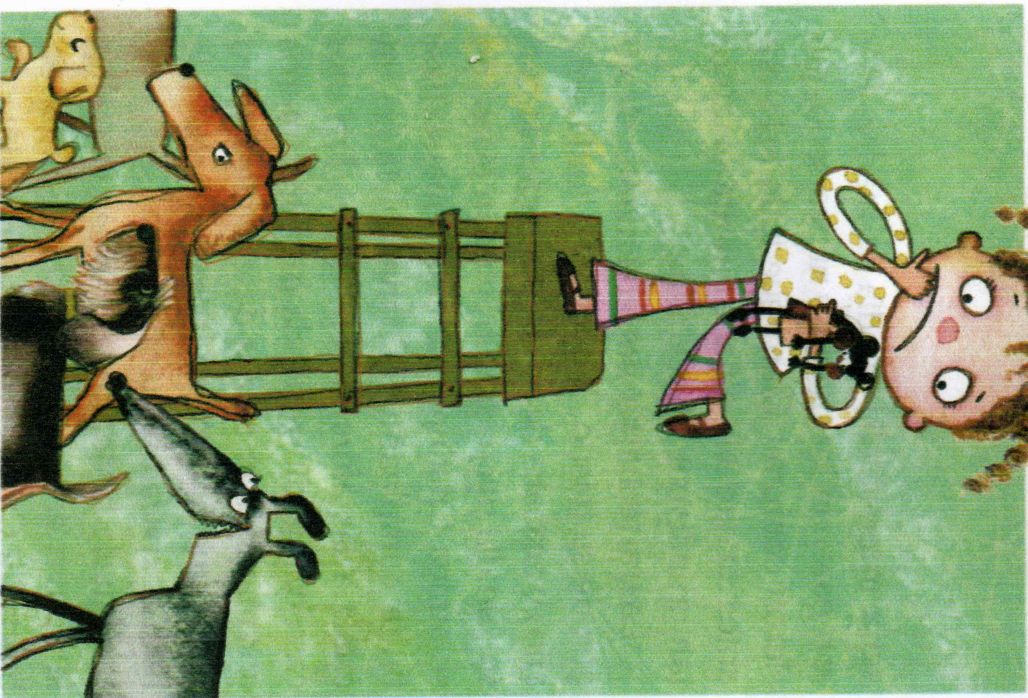


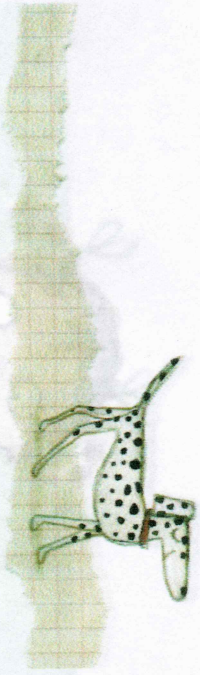
sivos, pues teme que la asusten con sus ladridos si pasa a su lado.

Le da igual que sus padres y sus amigos le expliquen que ninguno va a hacerle nada y que lo único que desean es jugar. Si fuera por Laura, a los perros les estaría prohibido andar por todos los lugares que ella frecuenta.

Antes no les tenía ningún miedo. Cuando era más pequeña, pasó meses y meses suspirando por un cachorrito. Pero sus padres opinaban que no estaba bien tener un perro en un piso tan pequeño como el suyo.

«Aquí no tendría por dónde correr. Son animales que necesitan mucho espacio», le decía su padre. «¿No te das cuenta de que hay que sacarlo a la calle varias veces al día, tanto si llueve como si nieva? ¡Nos

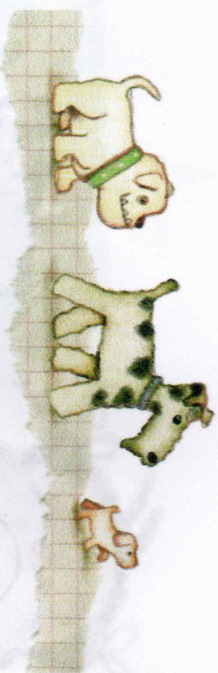




sería imposible!», añadía su madre. Por eso pasaban los meses y nunca se lo quisieron comprar. Claro que todo esto era antes de que a la niña le entrara el temor tan grande que ahora tiene.

Laura recuerda perfectamente el origen de su miedo. Fue cuando tenía siete años y acababa de comenzar segundo curso. Un día sus padres la llevaron a casa de su amiga Cristina, que celebraba su fiesta de cumpleaños. Cristina vivía en un chalé a las afueras del pueblo. Era una casa con jardín rodeada por altos muros coronados con trozos de cristales, «para evitar que entren los ladrones», como le había explicado su amiga.

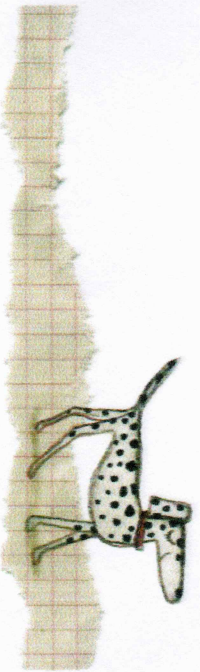
Aquella tarde, nada más llegar al chalé, Laura echó a correr por el jardín en busca de Cristina y de las otras niñas. Y



entonces, por uno de los lados de la casa, apareció un enorme perro negro, que fue corriendo a su encuentro.

Antes de que la niña pudiera darse cuenta, se abalanzó sobre ella y la tiró boca arriba sobre la hierba. Y allí la tuvo inmovilizada, con las patas delanteras bien asentadas sobre su cuerpo y la cabeza muy próxima a la de ella, dándole lametones en la cara y en los brazos y observándola con unos ojos que a Laura le parecieron amenazadores.

Enseguida llegaron los padres de Cristina, que alejaron al animal y lo llevaron otra vez a su caseta. Laura lloraba mucho, no había manera de hacerla callar. De nada sirvió que su amiga le explicara que el perro sólo tenía ganas de jugar y que, al verla correr, se le había echado encima

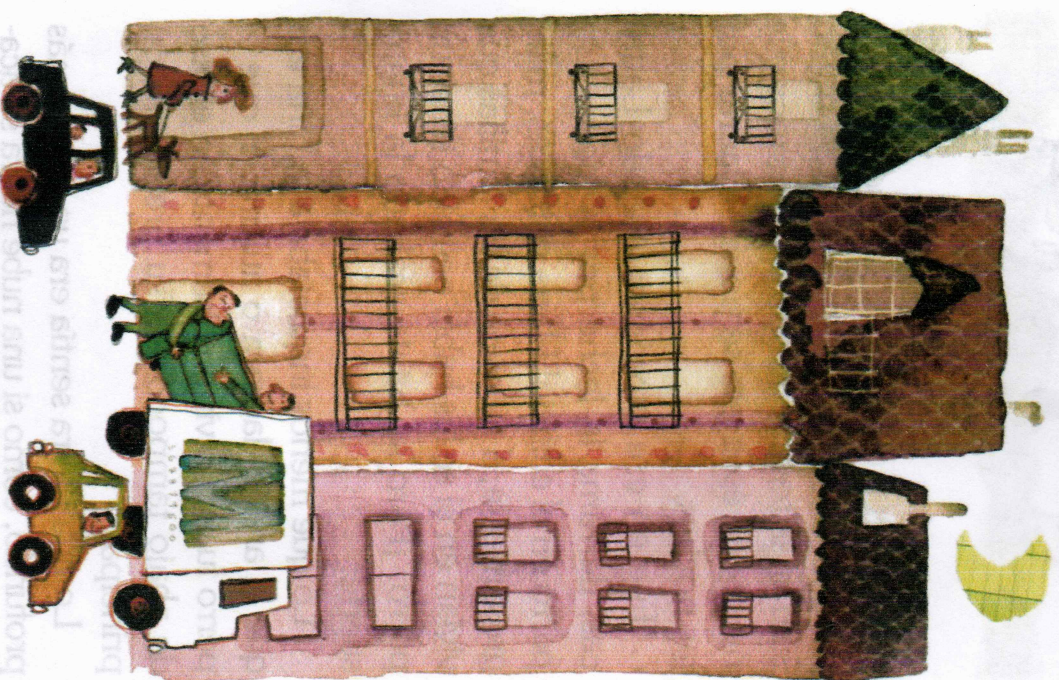


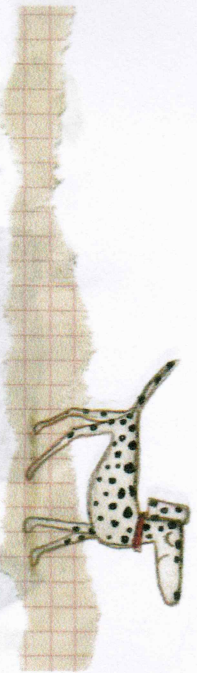
divertidas que pasaría en el parque jugando con sus amigas, como acostumbraban a hacer cuando no llovía.

—¿Sabéis una cosa? —dijo la madre, mientras untaba una tostada con mermelada—. Tenemos vecinos nuevos en el tercero. Ayer estuvieron los del camión de mudanzas descargando toda la tarde. Sólo los vi un momento, pero creo que esta noche ya han dormido aquí.

El padre prestó poca atención a la noticia, entretenido como estaba en resolver el crucigrama del periódico. Y Laura tampoco dijo nada. Pensó que era mejor quedarse callada, esperando a que su madre ampliara la información.

—Tienen un niño que parece de tu edad, Laura —añadió la madre—. ¡Ah!, y creo que también tienen un perro. No sé



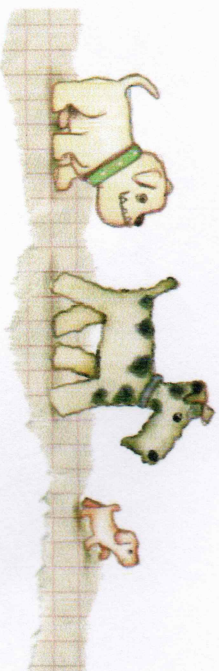


cómo van a hacer para que se adapte a vivir en un piso. Supongo que le harán sitio en la terraza de atrás. Esperemos que no sea de esos que se ponen a ladrar por las noches.

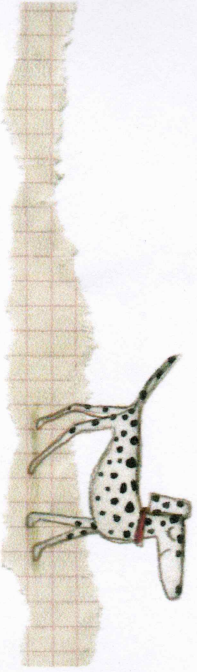
Fue en ese momento cuando Laura casi derrama la leche por la mesa. ¡Un perro en el edificio! Hasta entonces, milagrosamente, a ninguna de las familias que vivían en él se les había ocurrido tener un perro. ¡Pero se había acabado la buena suerte!

Lo que menos inquietaba a la niña era que el animal ladrara o aullara. Y que el perro fuera a vivir precisamente en el piso de abajo tampoco era su preocupación principal.

Lo que Laura sentía era un temor más profundo, como si una nube negra se aca-



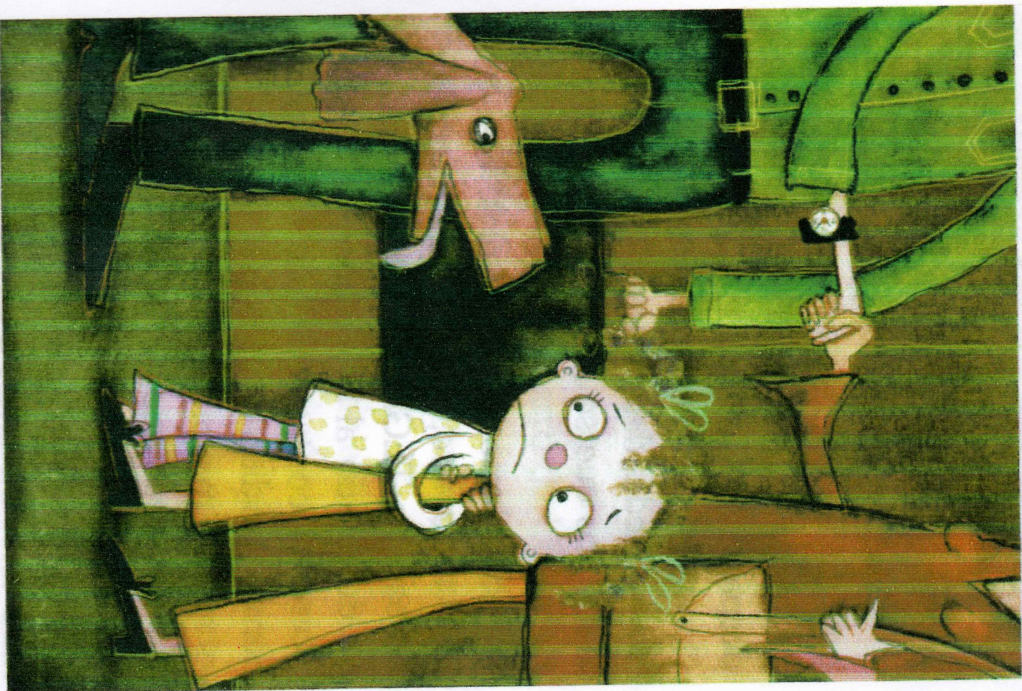
bara de situar sobre su cabeza. Porque adivinaba que, desde aquel momento, ya no podría entrar ni salir de su casa sin sentir en su interior el miedo de encontrarse con aquel intruso que acababa de invadir su territorio.

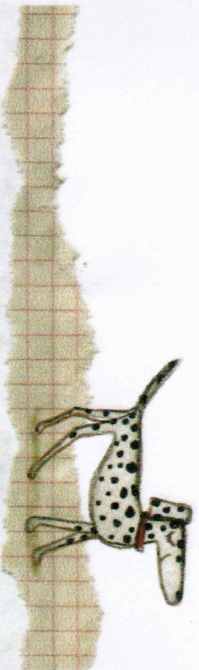


de semana siempre preparaba unos platos magníficos.

La madre llamó al ascensor, que enseñada subió hasta el cuarto piso. Entraron las dos en él y Laura pulsó el botón de bajada. Pero, al poco rato de comenzar el descenso, el ascensor se detuvo de nuevo. Alguien lo había llamado desde el tercero.

Se abrió la puerta del ascensor y entró un hombre que Laura no conocía de nada. De la mano del hombre iba un niño delgado, algo más alto que ella, de pelo y ojos oscuros. Y de la mano del niño, sujeto por una correa, un perro. El animal, en cuanto se dio cuenta de la presencia de la niña, se puso a menear el rabo y a moverse con intención de acercarse a ella. Por suerte, el niño lo mantenía bien sujeto a su lado.



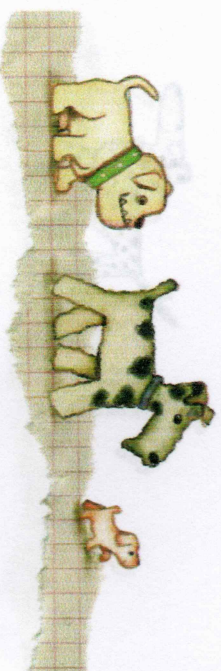


«¡Qué pronto tropiezo con mi enemigo!», pensó Laura con disgusto. Sin perder de vista al animal, se arrimó muy despacio a su madre, que ya estaba iniciando una conversación con el hombre.

—Ustedes deben de ser los nuevos vecinos, los que se mudaron ayer, ¿no es así?

—Sí. Hemos alquilado el 3.º C—contestó el hombre, con expresión amable—. Trabajo en TEGALSA y la empresa me ha destinado al taller que tienen aquí. Como el contrato es por cinco años, hemos decidido venir toda la familia. Éste es mi hijo mayor. También tenemos una niña pequeña que hoy se ha quedado en casa con su madre.

Después de aquella larga explicación, miró unos instantes a Laura y preguntó:



—Y esta niña, ¿es su hija?

—Sí, es la única que tenemos. Se llama Laura—contestó la madre.

Después le preguntó al niño:

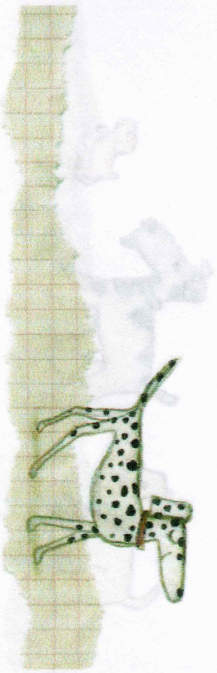
—¿Y tú cómo te llamas?

—Me llamo Javier. Éste es mi perro. Es un setter irlandés. Su nombre es Argos.

—Argos, como el perro de Ulises, el famoso héroe griego. El que ideó el truco del caballo de madera en la guerra de Troya—acclaró el padre.

El niño sonrió, mirando a la madre y a Laura. La niña le devolvió una sonrisa tímida, intentando disimular su miedo. Pero no se movió de la esquina donde estaba ni perdió de vista al animal en ningún momento.

Mientras hablaban, el niño debió de soltar algo la correa, porque el perro acer-



có su hocico a las piernas de Laura y se puso a olfatearla, sin dejar de mover el rabo en ningún momento.

—No le tengas miedo. Argos es muy bueno y no te va a hacer nada —le explicó Javier—. Lo que pasa es que todavía no te conoce, por eso se acerca a ti. Quiere saber cómo hueles. Los perros nos reconocen por el olor.

Argos parecía observarla con curiosidad. Laura también lo miraba, pero interiormente maldecía su mala suerte. ¡Con tantas casas como había en el pueblo, habían tenido que venir a ocupar un piso en la suya! Aquel perro sería tranquilo, pero ella no se fiaba nada de su bondad. Y, de tanto como la miraba, no pudo evitar el pensamiento de que el animal, en realidad, estaba ya considerando qué



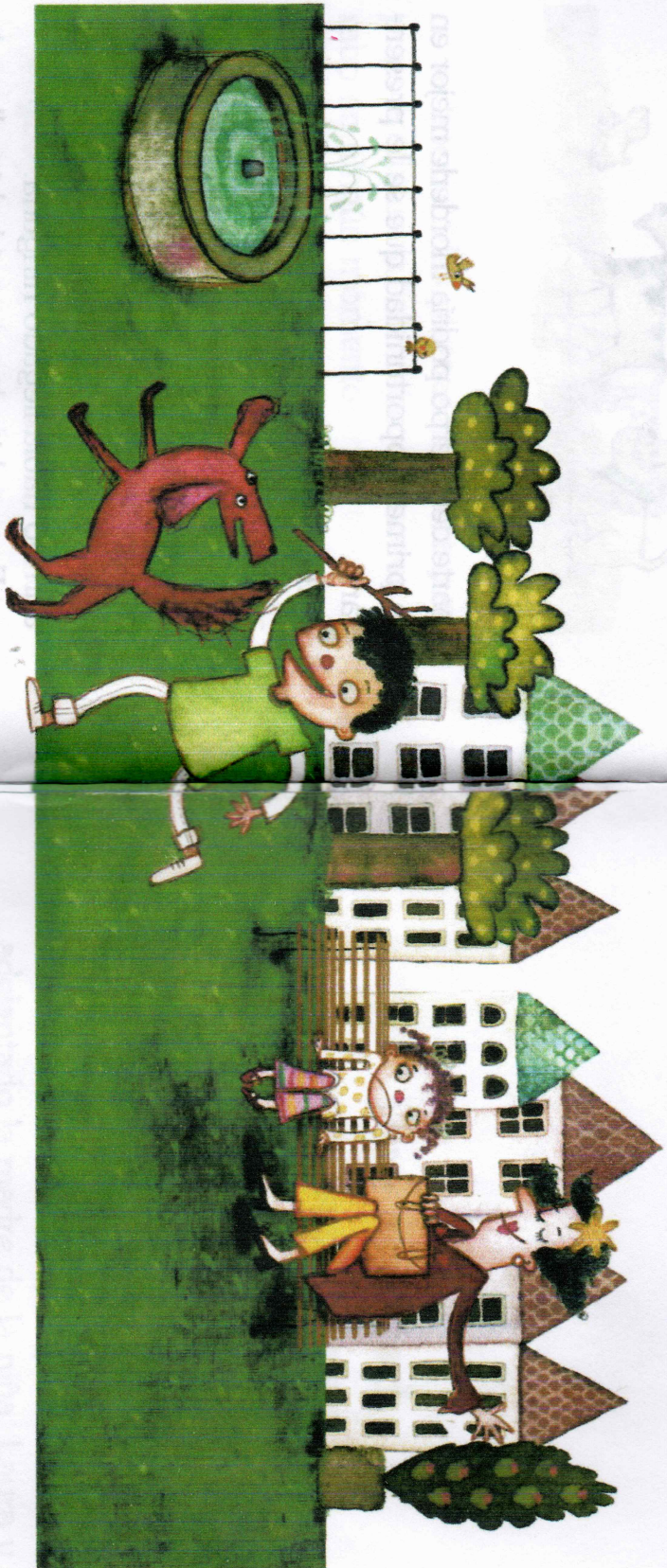
parte del cuerpo podría morderle mejor en la primera oportunidad que se le presentara.

La llegada al portal fue una liberación.

En cuanto se abrió la puerta del ascensor, Laura salió disparada, tirando de su madre todo cuanto podía, y no paró hasta que llegaron al parque. Una vez allí, buscó con la mirada a sus amigas, pero aún no había llegado ninguna.

En cambio, los que sí habían llegado eran los nuevos vecinos, perro incluido, que también debían de querer conocer el parque. ¡Vaya mala suerte! ¡Como si no hubiera más sitios en el pueblo por los que pasear!

La niña se sentó en un banco, junto a su madre. Mientras, aquel Javier y su perro echaron a correr en dirección a la fuente.



—¿Has visto al niño de los vecinos, Laura? ¿No te parece que sois de la misma edad? —comentó la madre—. Seguro que irá a tu misma clase en el colegio. Tienes suerte, así acabaréis por haceros amigos.

Laura iba a responder, pero no dijo

nada. «Por mí ya puede esperar sentado. Un amigo que anda con el perro siempre a su lado... ¡Amistades así, maldita la falta que me hacen!», pensó para sí.